



EL VIGOR DE LA CEGUERA

Manuel CORRADA

En julio de 1985 la revista francesa *Le Nouvel Observateur* traía en la cubierta los colores rojo y amarillo de la bandera española. Flameando al viento, delante de ella vemos al Rey con la cabeza erguida. La historia en portada, «La España de Juan Carlos», describe con optimismo la consolidación de la joven democracia española de entonces, y del papel que en la misma desempeñaba el Rey. Sigue un artículo que bajo el título «Viva la movida» intentaba una definición: «la *movida* es intraducible. La *movida* es toda la sociedad española que por entero ha decidido avanzar» (1). Si al público francés de esa semana se le abría el apetito por la movida y la democracia española, a los lectores a pie juntillas del periódico chileno *El Mercurio* les producía escalofríos y los sacudía de sobresaltos ese ambiente hispano. Aquel domingo de julio, el cuerpo del diario dedicado a la cultura había abierto sus páginas con una aterradora noticia acerca de la infiltración revolucionaria en Occidente, y de las horribles consecuencias que de esto se derivaban y vivían.

(1) Daniel J., «L'Espagne de Juan Carlos» y E. Shelma, «¡Viva la Movida!», *Le Nouvel Observateur*, 5-11 de julio, 1985.

El artículo que ocupaba la primera página del periódico chileno lo firmaba Luis María Ansón, quien de visita por Chile había hecho saber «con franqueza su apreciación sobre el actual momento español». Pánico. El imperio de la droga, la vitrina de la pornografía, el territorio del divorcio y, faltaba más, del aborto, son tan populares como el ridículo y el escarnio de la patria y el honor militar, la oposición histórica a las centrales nucleares, el dominio del terrorismo. Cuando ahora han pasado más de dos lustros desde la publicación de aquel fatídico artículo, uno tiene la sensación de que esa relación apocalíptica era una lectura de la vida social y política occidentales hecha muy íntimamente por alguien casi a punto de ahorcarse. Así no se podía continuar viviendo. Aún peor, si llegados al último párrafo nos espetan por delante que «el pájaro negro de la tercera guerra mundial aletea ya sobre el rostro del orbe», ¿adónde vamos?

No hay que ser demasiado listo para saber que en los medios de comunicación la inocencia sólo refleja inexperiencia. No era el caso de un respetable periódico nacional como *El Mercurio*. Entonces, ¿por qué el artículo de Ansón ocupaba la primera plana del cuerpo que ese diario dedica a la cultura? Valga recordar que a la fecha de su publicación ese periódico constituía la única prensa de opinión en Chile y representaba la voz proclive, en estilo templado, del sistema político de la época: una dictadura (2). Predicadas por los amigos del sistema, diariamente y año tras año, las letanías acerca del destino fatal del mundo en realidad estaban destinadas a que cayera de cajón la causa de tales males, y a ésta se la identificase con un enemigo que no era de carne y hueso, sino ubicuo y mucho más temible: el marxismo. Esquematisado el panorama de esa manera, por un silogismo casero y sencillo, se llegaba a la conclusión que la democracia con apellidos —protegida o resguardada— era el mejor de los mundos, nada de llamarla tiranía o dictadura, y además de dar gracias de no caer en las bajezas que nos contaban, había que estar muy, pero muy atentos a que las aguas no se desviarán de su cauce (3). El peligro acecha, los intelectuales conspiran, el universo cosmopolita amenaza con sacar de la justa recta a un largo país del fin del globo.

(2) En 1987 recién surgió el periódico *La Epoca*, de aliento democristiano, que sopesó levemente la opinión protagonista de *El Mercurio*. No tuvo páginas ideológicoculturales, sino un gran suplemento literario donde firmaban plumas, criticaban libros y abrían opciones literarias a las cuales jamás *El Mercurio* hubiese dado cabida.

(3) Las ambientaciones agónicas del mundo para contrastarlas con la situación chilena ha sido un recurso retórico e ideológico utilizado por *El Mercurio* en más de una ocasión. Sobre este punto, véase el análisis de algunas de esas ficciones en C. Duran, *El Mercurio: ideología y propaganda 1954-1994*. Vol. 1, *Propaganda de agitación en el periodo agosto 1972-marzo 1973*, Santiago, Cesoc, 1995, pp. 32-46 y p. 48 nota 11.

Pero el artículo de Luis María Ansón lo firmaba un hábil conocedor de las comunicaciones, como muy pocos, de quien cabía esperar más que un simple diagnóstico del supuesto zafarrancho occidental. Sí, por supuesto que iba mucho más lejos. La relación de calamidades y las amenazas violentas las usaba de oficio para la fertilización del terreno antes de ejercitar una pedagogía. Entonces, motivado el público, nos enseñaba pacientemente la técnica del enemigo: la infiltración cultural; identificaba la denominación de origen de esa técnica: los países del Este; apreciaba su público: Occidente; nos señalaba en la primera línea al cerebro gris detrás de ella: Gramsci; y exhibía su alcance: «La subversión del orden social de Occidente se ha organizado ya sobre la conquista de las superestructuras del poder: la cátedra, el libro, el cine, el teatro, la prensa, la radio, la televisión, la música, los ateneos, las salas de arte, los círculos intelectuales» (4).

España no fue a los ojos del espacio cultural del diario *El Mercurio* un país donde se desarrollaba una cultura sorprendente, sino un laboratorio político donde se ejercitaban las maniobras culturales que denunciaba Ansón. Su artículo delinea para ese periódico la rosa de los vientos del horizonte editorial para mirar la movida cultural: el tono siempre funesto; las consecuencias, siniestras; los artífices, sin variantes. Primera sugerencia acerca de la situación cultural española desde que el partido socialista se encontraba en el poder; pudo haber sido la última también: todas fueron iguales y otras posturas no hubo. Las manifestaciones concretas y visibles, salvo algunos quehaceres filosóficos en la Universidad de Navarra (5), nunca encontraron allí unas líneas que se les dedicasen, un episodio que se destacara ni una foto para su registro. En cambio, la *movida* considerada como política cultural y proyecto ideológico, si bien nunca explícitamente nombrada, será el blanco sobre el cual dispararán las únicas voces que dieron noticias de lo que sucedía en España (6).

Hay una sospechosa coincidencia entre los sucesos sociales que ocurrían en Chile y el momento de esa apreciación tan particular que publicaba *El Mercurio*. Singular, como la ampliación de giro que ha-

(4) L. M. Ansón, «La quinta pluma», *El Mercurio*, 7 de julio, 1985.

(5) Por ejemplo, M. Elton, «El hombre: Inmanencia y trascendencia» (Acerca de unas jornadas en la Universidad de Navarra), *El Mercurio*, 18 de diciembre, 1988.

(6) De decencia es apartar una serie de artículos, referentes a lingüística e idioma, de Fernando Lázaro Carreter, publicados bajo el título común «El dardo en la palabra». Presentado bajo la denominación «de la Real Academia», Lázaro Carreter no era propiamente un columnista ni colaborador de *El Mercurio*. Se trataba de un grupo de artículos en español escritos por autores diversos, entre los cuales se contaba Lázaro Carreter, que vendía para su publicación en diarios de lengua hispana la agencia *Efe*. Entrevistado en Madrid por Cecilia Valdés, la entrevista no se mete en honduras y versa sobre aspectos del idioma español, F. Lázaro Carreter, «Los periodistas tienen el poder real», entrevista de C. Valdés Urrutia, *El Mercurio*, 22 de diciembre, 1991.

bía tomado el suplemento cultural de ese periódico a partir de 1984. A comienzos de los años ochenta, las formas de desagrado con la dictadura mostraban estilos visibles y audibles. Al atardecer, cuando las ciudades estaban oscuras, los chilenos escuchaban el apabullante ruido de las ollas y cacerolas que sin poder identificar de donde provenía sí se sabía a lo que iba: ¡fuera el tirano! Coincidiendo con el revuelo social y desconcierto institucional producidos, sosegadamente el suplemento del diario pasará de dar cuenta de los productos culturales convencionales —novelas, poesías, pinturas y discos— tal y como lo venía haciendo, a ocuparse de la cultura en una actitud más generosa que incluye las creencias, hábitos y comportamientos al interior de una sociedad. No se tratará de describir la dermis social contagiada del progresismo, sino de escudriñar, domingo a domingo, los profundos aspectos vertebrales que causan esa epidemia, para luego exhibirlos, combatirlos y, si acaso, aniquilarlos. Los tiempos no están para bromas.

La situaciones de encierro obstinado producen distorsiones de la realidad mundana y delirios paranoicos por los cuales cualquier mirada acaba pervertida, y el paisaje sólo replica la imagen del delirio. Sin embargo, ese tipo de espejismos tiene una ventaja táctica: son tan frágiles y privados que en las calles y los bares se vienen abajo; a la vez, transparentan nítidamente la caprichosa locura que los produce. Así, cuando *El Mercurio* comenzó a preocuparse de la situación cultural española debió recurrir a cualquier pretexto y hurgar en los confines del juego editorial. Porque, por ejemplo, al leer los preliminares de una entrevista de 1986 uno se encuentra, de manos a bruces, con que «dada también la resonancia cada vez mayor que el pensamiento de Gramsci ha alcanzado incluso en partidos actualmente gobernantes, como los socialistas español y francés, pareció de interés, por la obvia repercusión que este proceso tendría en Latinoamérica, averiguar más al respecto» (7). Periodista y editor abrían sus secretos.

La política cultural del socialismo español y sus corolarios, su eventual simpatía desde la democracia que no tardaría en llegar a Chile, y la sombra de Gramsci ya se han fijado en las cabezas obsesionadas de los editores. En el año 1987, en la titulación de un artículo acerca de Gramsci, pero donde no hay ninguna mención a España, los editores escriben «la resonancia de sus tesis es también cada vez mayor en partidos como el socialista español, en el gobierno actualmente» (8). Y, en 1988, un periodista añadirá al preámbulo de una pregunta «siendo la tesis de Gramsci el último refugio del marxismo

(7) «La hegemonía cultural, desafío de hoy», Entrevista con Augusto del Noce y Flavio Cappuci, *El Mercurio*, 18 de mayo, 1986.

(8) Maestro, A., «Gramsci o la instrumentalización de la cultura», *El Mercurio*, 9 de agosto, 1987.

resulta, en tanto, increíble ver el auge con que avanzan en países como Italia, Francia, España y varios latinoamericanos» (9). El cincuentenario de la muerte de Gramsci, celebrado en 1987, será un momento cómodo para desarrollar su lectura y, resumir disimuladamente su pensamiento al uso de lectores poco entregados a la lectura de textos políticos.

Publicado en la primera página bajo el título «Gramsci o la instrumentación de la cultura», Angel Maestro presenta a Gramsci de una manera simple, directa y didáctica (10). Por diferencia con el estilo fragmentario de los *Cuadernos de la cárcel*, el artículo quema energías para aclarar que el partido y el intelectual tienen por finalidad última «la penetración y el dominio del campo ideológico-cultural». Las consecuencias de dichos fines ya han quedado bien y previsiblemente sentadas. Incluso, reforzándolas, el editor las destacó con grandes letras «no basta con la conquista del Estado o con un mayor poder de los asalariados; hay que cambiar la forma de pensar en la sociedad toda. Así el marxismo-leninismo habrá conseguido no sólo la hegemonía sobre la existencia física de los ciudadanos sino, lo que es mucho más despótico, sobre las conciencias». La conclusión es explícita: únicamente los ingenuos pretenden alternar con las tácticas gramscianas; no nos engañemos: tenemos delante a un todopoderoso enemigo.

Para el lector novel, a esas alturas asustado con el dragón gramsciano que lo devoraba, *El Mercurio* publica una somera bibliografía anotada. Una «Antología» y una «Introducción al estudio de su filosofía», ambas a cargo de Manuel Sacristán, son seguidas por unos breves comentarios desabridos. El catálogo continúa con una edición de escritos de Augusto del Noce, publicada diez años antes, que «se remontan a las causas que han dado origen a los principales problemas políticos de nuestros días». De esta misma hermandad ideológica, mimada del suplemento cultural, se agrega un ensayo de Flavio Cappuci (11). Y, quizá, para ayudar a ver *in-situ* los ejercicios gramscianos, la lista incluye *El desafío cultural*, de Rafael Gómez Pérez, publicada por BAC en 1983, «obra que analiza, en el contexto de los años de la transición española, el fenómeno de la manipulación cultural según el esquema gramsciano». Los editores de la bibliografía pasaron por

(9) «Gramsci: la clave del socialismo español», entrevista con Ricardo de la Cierva, *El Mercurio*, 31 de enero, 1988.

(10) Maestro, A., *op. cit.*

(11) Cappuci, F., «Antonio Gramsci: Cuadernos de la cárcel», Madrid: Magisterio Español, 1978. «Síntesis crítica fundamental. Muestra como Gramsci, creador del eurocomunismo, lleva al extremo el principio de identidad entre teoría y praxis, de identificación de la filosofía con la política, produciendo una inversión total del concepto de filosofar».

alto los «Cuadernos» que, sin embargo, circulaban de mano en mano por todas partes (12).

Las páginas culturales de *El Mercurio* hicieron una catequesis gramsciana aquel año 1987. En diciembre, otro artículo: «Gramsci: religión y sentido común» (13). El editor le prodigó un bloque de titulación que rezaba «El poder de la cultura», y que resultaba de intenciones cristalinas para los lectores, aunque la intención variaba según el gusto: si ingenuos, el fantasma marxista; si perspicaces, dale con lo mismo. El sentido común, en la lectura de Gramsci que hacía Gianfranco Morra, denomina la antropología de las gentes comunes y humildes. Pues bien, la modernidad ilustrada bifurcó las normas de conducta y su fundamentación entre las clases educadas y las sencillas. Con nostalgia mayúscula de la Edad Media, cuando todo marchaba a un son, el autor revela la tarea del marxismo gramsciano: «continuar el proceso de laicización típico del mundo moderno y de la clase burguesa, extendiéndolo a todos los estratos sociales, en particular a los “humildes”, cuyo “sentido común” detenido en la superada Edad Media debe ser modificado y actualizado». Los efectos de este triunfo de Gramsci están a la vista: los divorcios, los abortos, las drogas, las perversiones, la prostitución, los homicidios y una larga lista con todo lo demás. ¿Cómo hemos llegado a esto? La conclusión cae por su peso: por la ruptura de los intelectuales con la religión católica y su consecuente desdén hacia las normas de conducta tradicionales sobre los humildes. El marxismo satánico se agita sobre los países democráticos de Europa Occidental. Paciencia: las denuncias y explicaciones pueden prevenir la extensión de las tinieblas. Los lectores del periódico chileno han sido informados y tienen una base adecuada para repasar los artículos y enfrentar los tiempos que vendrán.

El ambiente social y cultural de Chile en los años ochenta no difería mucho del que se ha producido en países sometidos a dictaduras de larga duración. La mayor parte de la prensa y de los medios de comunicación servían de eco para las operaciones de la dictadura y los pasos de sus corifeos, inventando fórmulas y modales tan retorcidos cuanto malignos. Visto desde la óptica que mostraban esos medios, el mundo era una hoguera, Chile un paraíso y Pinochet un salvador de Occidente. El vocablo marxista se había transformado en un insulto, cuando no sinónimo de criminal, y constituía, desde las voces que día tras día y a través de todos los medios a mano, un blanco a liquidar en legítima defensa. También era una manera de

(12) Se trataba de la edición en español publicada por Juan Pablos Editor en México.

(13) Morra, G., «Gramsci: religión y sentido común», *El Mercurio*, 13 de diciembre, 1987.

nominar adrede a algunos. Para *El Mercurio*, José María Gironella, Vintila Horia y Gonzalo Fernández de la Mora eran escritores. Otros colaboradores habituales en sus páginas eran psiquiatras — Enrique Rojas—, filósofos —Rafael Alvira, Alejandro Llano, Ricardo Yepes, Daniel Innerarity—, catedráticos como Ricardo de la Cierva, pero, sin embargo, la única vez que sus líneas culturales mencionaron a Enrique Tierno Galván resultó ser un mero marxista español (14).

Más allá de los episodios circunstanciales se fraguaba un trabajo ideológico de largo aliento y sutiles mezcolanzas que diseñaba un proyecto imposible pero rentable: instalar un capitalismo neoliberal a ultranza atado a un conservadurismo cultural e ideológico de corte medieval (15). La perseverancia del trabajo cultural de *El Mercurio* daba cuenta del proceso a fuego lento que seguía, sin aspavientos aunque con eficacia, esa línea ideológica (16). La intensidad aumenta y el ritmo se acelera cuando en la antesala de un plebiscito, previsto para octubre de 1988 y que, siguiendo el final típico de tales astutos procedimientos estadístico-electoral, perpetuaría a Pinochet en el gobierno, los avispados de palacio percibieron que todo estaba perdido. Por lo menos el año anterior quedó preparado el terreno cultural. El año del plebiscito la lucha y el adoctrinamiento ideológico no tendrán disimulo. España será la escenografía del infierno democrático y la movida su representación.

Presentado a bombos y platillos, su tarjeta de visita para el público chileno que no le conocía dijo que es nieto del último ministro de Alfonso XIII, doctor en Ciencias, licenciado en Filosofía, periodista, senador, diputado y antiguo ministro de Cultura. La entrevista con Ri-

(14) «¿Crisis en el pensamiento europeo de izquierda?», *El Mercurio*, 7 de septiembre, 1986.

(15) Hay quienes piensan que dadas las dificultades que encuentran los capitalismo neoliberales rabiosos frente a un público reticente y desconfiado, un paliativo resulta sembrar la sociedad de contenidos y creencias ético-religiosas tradicionales y no contextuales ni históricas. La eficacia de esa reinstauración se sostiene en R. Neuhaus, *The Naked Public Square: Religion and Democracy in America*, Eerdmans, Grand Rapids, 1986 y en *The Catholic Moment* (Harper and Row, San Francisco, 1987). Acerca de estos derroteros neoconservadores hay abundante información en «La estrategia neoconservadora», *El País*, 16 de febrero, 1989.

(16) A mediados de los años cincuenta *El Mercurio* comenzó su evangelización hacia el capitalismo neoliberal que consumará el círculo de Pinochet. Sobre ese papel pionero del periódico, vease A. Soto Gamboa, *El Mercurio y la difusión del pensamiento político económico-liberal 1955-1970*, Instituto Libertad, Santiago, 1995. Cabe observar que la publicidad en las páginas culturales de *El Mercurio* consiste principalmente en anuncios de oferta de empleo para cargos de director gerente y consejero delegado en grandes empresas.

cardo de la Cierva tuvo por título «Gramsci: la clave del socialismo español» (17) y estaba acompañada con un retrato de Gramsci, otro del autor y un par de fotos de Felipe González. Con estos elementos gráficos al primer golpe de vista se adivinan los protagonistas que intervendrían y el guión que se fabularía. El asunto de la modernidad y posmodernidad giró por vía de considerar que aún no hemos dejado la modernidad iniciada en el Renacimiento. Si algunos neomarxistas francfortianos quieren indicar una brecha con la razón ilustrada y llamar a los tiempos que corren posmodernidad, pues merece la pena aprovechar la oportunidad. Se vislumbra un jardín donde nuevamente quepa la dimensión cultural de la Iglesia, hoy aniquilada por los embates de la secularización sin tregua. Mucho más, la secularización es la culpable de todos los males que afectan a la sociedad española. Llegado ese punto, entrevistador y entrevistado entran en terreno firme con paso decidido: Gramsci, el PSOE y la infiltración.

Digan lo que digan, mantiene De la Cierva, el PSOE es un partido marxista cuya doctrina es el eurocomunismo (18). Alfonso Guerra —«que es netamente marxista»— y José María Maravall —«el ministro marxista»— han sido los ejecutores de las divisas gramscianas en España por medio de infiltrar la educación, la cultura y hasta la justicia que ha visto, desgraciadamente, la atenuación de sus códigos penales. Para seguir con el culebrón, la pregunta adecuada: «¿Qué importancia tiene en España cierta prensa en este panorama que usted describe?» La respuesta se dirige como un rayo hacia *El País*, «el periódico dominante en España». Que aparte de progresista, laico y obsesionado por la secularización posee «una tendencia prosoviética marcadísima».

En distintas ocasiones, aunque para los mismos fines, la tripulación cultural de *El Mercurio* se ocupó de *El País*. En una entrevista a Cesare Cavalleri, el profesor italiano se explaya acerca de la penetración del pensamiento laico, filomasónico, y anticatólico en la sociedad italiana que vive la crisis de la secularización: todo ello difundido y dispersado a través de los medios de comunicación (19). La pregunta no se hizo esperar: «¿Cuáles señalaría usted en esa misma dirección? ¿Por ejemplo, *El País*, de Madrid?». La respuesta es, por supuesto, un sí rotundo que continúa con lo que constituyó el pie de la única imagen, aparte del retrato del profesor, que ilustraba el artículo. La imagen muestra las primeras páginas de los periódicos *La Repubblica*, *Le Monde*, y *El País*. Su lectura incluye un escogido fragmento de la res-

(17) «Gramsci: la clave del socialismo español», *op. cit.*

(18) Eurocomunismo es un término debido a Augusto del Noce para designar una versión actualizada del marxismo gramsciano cuya ruta es hacerse con el poder cultural más que con el poder económico y social.

(19) «Un modelo neoburgués: para la cultura, el periodismo y la política», Entrevista con Cesare Cavalleri, *El Mercurio*, 4 de junio, 1989.

puesta de Cavalleri: «Hay un gran parecido gráfico. En general todos los diarios portadores de esta ideología —aquí descrita en forma global— se encarnan en los partidos socialistas, sea en Francia, España, etcétera». Sigue la moraleja: el éxito de esos periódicos también es la culpa del consentimiento de los cristianos que han dejado el campo libre para el crecimiento de la maleza.

En otra oportunidad, se adelanta la filiación de *El País*: las técnicas de secularización francfortianas y la influencia demoledora de la sociedad encarnada en Benjamin y Marcuse. Técnicas coincidentes con la estrategia, también demoledora, del PSOE cuyo santo patrón es, naturalmente, Gramsci. Sin tapujos, en julio de 1989, cuando «difícil resulta pensar que alguien no se haya enterado del paso de Ricardo de la Cierva por nuestro país, en días pasados», le entrevistan por segunda vez en ese año. Destaca un recuadro con grandes letras en negrilla: «Alfonso Guerra, entre ridículas citas y tras reconocer que el socialismo había perdido la brújula, se aferraba a Gramsci para preparar el rearme ideológico del partido a través de la hegemonía cultural». A esas alturas, uno estaba harto de peroratas.

Esa entrevista, publicada cuando en Chile el triunfo de una coalición de partidos políticos opositores a la dictadura se descontaba, logra momentos cumbres de la graciosa complicidad espontánea entre entrevistador entrevistado. En una pregunta, «El modelo socialista español se cita con mucha frecuencia como ejemplo de un socialismo que se ha encontrado con el mercado en lo económico y con la democracia en lo político y que, por lo mismo, es una alternativa estable de gobierno. Quisiera saber, ¿qué hay detrás de este experimento que se jacta de combinar la igualdad, la solidaridad, la modernidad y el progreso?». Cabe precisar que la frase «se cita con mucha frecuencia» era una referencia nítida a la propuesta, que muy luego triunfaría, para formar el primer gobierno y Parlamento chilenos elegido más o menos democráticamente después de la dictadura. De la Cierva responde, comenzando antes con una despectiva caracterización: «El postulado de la igualdad, que es uno de los grandes recursos demagógicos del PSOE para conectar con el igualitarismo resentido y envidioso que caracteriza a los hispanos...», y continúa con las consabidas diatribas contra Alfonso Guerra, descripciones espeluznantes de la vida española, embestidas contra la secularización, acometidas contra las manifestaciones de la *movida*, y otras cosas de la misma índole. Pero, ¿era el panorama tan negro? ¿No sería que nos lo pintaban color carbón? ¿Tan mal andaba aquella sociedad estimulada aún por un ambiente cargado de enorme «frivolidad burguesa»?

Si uno se queda con lo que decía el suplemento cultural de *El Mercurio* saca en un dos por tres una conclusión en limpio: la cultura y la sociedad española de este siglo sólo anduvo bien, muy bien, en tiempos de Franco. Del desastre que han producido el

PSOE y la democracia no cabe la mínima duda. Y para condenar a la República tuvimos la suerte de hallar un momento que calzaba como anillo al dedo: los cincuenta años de la Guerra Civil española conmemorados en 1986. Sobre sus orígenes se cita un corto párrafo de un trabajo de Julián Marías acerca de la excesiva politización que se vivía en 1936. Para el «juicio de la historia» se emplean las palabras épicas del Cardenal Gomá, de Pío XI y Pío XII (20). De los intelectuales y la cultura toma cuenta Gonzalo Fernández de la Mora (21). Así, y rebajado este pasivo de la República, el balance de este siglo da unos beneficios y certezas útiles: el régimen de Franco.

En los años del gobierno socialista español pesaba en Chile el patrimonio franquista equiparado con las virtudes y características que definían a una España legendaria. Franco la había salvado cuando el furor rojo amenazó con echar por tierra aquel mítico imperio de honor y honra (22). Despojados el anticlericalismo rabioso, la política bochornosa, el desorden militar y la ligereza de las costumbres, la Península volvió a ser lo que siempre había sido. La dictadura era la panacea universal. Recuperada España, el sentimiento hispánico que emanaba de esa recuperación pronto derivaba en exagerar la condición de la patria, la cultura, la religión y la vida espiritual en aquella fantasía eterna que se había fabricado. Para matizar, sus manifestaciones frívolas consistían en levantarse cantando *Cara al Sol*, comprar y rehabilitar un título de nobleza, adorar a Joselito, leer a Pemán, mandar a un hijo con una beca de un año a Madrid para que estudiara turismo, bailar jota, comentar el buen clima de Benidorm, estar al día mirando el *No-Do*, y recitar al dedillo los episodios de la guerra civil aprendidos de la lectura de Gironella. Qué duda cabe que, con ese *background*, el resultado de las elecciones del 82 acabó siendo muy mal visto: corroboraba las bondades de cuarenta años donde jamás hubiera sucedido un temporal semejante.

Los suspiros por un franquismo extinguido y una concepción extraordinariamente dogmática de las cosas que adoptaron algunos sectores sociales y políticos chilenos ante la perplejidad que les provocaba un gobierno socialista, hicieron que en lugar de recibir la proyección cultural que procedía de España, tomaran la postura de alejarla a cualquier precio. Cuando revisamos los suplementos culturales — llamados «Artes y Letras» del diario *El Mercurio*, durante el periodo

(20) «A cincuenta años de la guerra civil española», *El Mercurio*, 22 de junio, 1986.

(21) Fernández de la Mora, G., «Los intelectuales en la España de 1936», *El Mercurio*, 31 de agosto, 1986.

(22) La exaltación de un hispanismo con carácter espiritual ha sido común y corriente en Chile. Un conspicuo abogado se ufanaba públicamente de tener colgado en su despacho un enorme retrato de Torquemada.

del gobierno del PSOE nos encontramos con España reducida a miserias, amenazas, profecías apocalípticas y acusaciones. Fue una faena barroca pues ese circo de catástrofe no saltaba a la vista y exigió practicar las artes de exhumación y crucigrama. Después sería más fácil, aunque quizá de intenciones y propósitos menos profundos. Los dimes y diretes de las populares anécdotas de corrupción de los noventa permitirán un tratamiento directo y fácil de la sociedad española (23). No habrá que recurrir a escogidos personajes, ni entrevistar para consentir (24). Asimismo, la situación política de Chile había cambiado y la administración de la información era ligeramente más matizada. Ya no se necesitaba estigmatizar a un gobierno y una sociedad para prevenir algo siquiera parecido. Porque si aquél fue el propósito, había fracasado. Los motivos para sospechar que lo fuese están a la vista: a la marcha de Chile se acoplaban las referencias escogidas desde España.

El acontecimiento público de mayor importancia en la recuperación de la democracia en Chile fue el plebiscito del año 1988. Sabido era el resultado, y así fue. El domingo inmediatamente anterior a él, un artículo del Cardenal Primado de España abrió la sección cultural de *El Mercurio* (25). El Cardenal González Martín denunciaba «la manipulación política contra los valores cristianos». Presentó y argumentó un hecho simple de decir: la *movida* fue la modalidad elegida por los socialistas españoles quienes, bajo influencias gramscianas, consiguieron poner en cero la influencia institucional y cultural de la Iglesia. La semana aquella terminó con un hecho trascendental: en Chile habría elecciones democráticas. *El Mercurio* cerró esa semana con un largo artículo, publicado en la primera plana del cuerpo cultural, titulado «La universidad y la cultura en Europa» (26) donde la añoranza de la universidad medieval conduce a una glosa sobre democracia: «Es la democracia lo que nace de la verdad, y no a la inversa. La verdad no necesita a la mayoría, sino sólo un testimonio». ¿Coincidencias cronológicas?

(23) Con un público acostumbrado a ojear revistas del corazón y devorar los detalles ornamentales de las casas de la *jet*, resulta muy eficaz y de poco esfuerzo publicar el chalet de Aida Alvarez con planos minuciosos de arquitectura y decoración, como apareció en M. Castillo, «La amenaza de corrupción política: la experiencia española», *El Mercurio*, 18 de abril, 1993.

(24) La presentación de los autores dobló también hacia la discreción. Por ejemplo, una entrevista con Lucas Mateo Seco lo presentaba como sacerdote sevillano, reputado teólogo y vicedecano de teología en la Universidad de Navarra «Libertad, liberación y Espíritu Santo», *El Mercurio*, 6 de junio, 1986. Diez años más tarde se le presenta escuetamente como un historiador español (L. Mateo-Seco, «En los 450 años de de la muerte de Martín Lutero», *El Mercurio*, 9 de junio, 1996

(25) Cardenal González Martín, «Advertencias acerca de una cultura desafiada», *El Mercurio*, 2 de octubre, 1988.

(26) Grygiel, S., «La universidad y la cultura en Europa», *El Mercurio*, 9 de octubre, 1988.

No fue ninguna casualidad que la *movida* y la política cultural del PSOE recibieran semejante consideración en las páginas culturales de *El Mercurio*. Correspondía a una trenza hábilmente urdida, pero ingenuamente banal, que se sostenía por los pelos: el linaje ideológico y corsé político de los escasos colaboradores españoles resultaba archiconocido; los temas favoritos encubrían muy obvios fundamentos y propósitos; y las entrevistas eran simples letanías en las cuales el entrevistador cumplía el papel el *festaiuolo*, aquellos personajes de los cuadros renacentistas cuya única función era indicar con su dedo donde se desarrollaba el episodio que el cuadro narraba. El ritmo y variedad de contenidos nunca fluctuó de uno, dos, tres, a tres, dos, uno. En resumen, una mirada que se topó con un paisaje irritante y prefirió dar vuelta a la cabeza.

¿Eficaz? ¿Sabia? ¿Astuta? Al fin y al cabo, poco y nada. Si se trata de casar con el concierto político chileno, resultó atonal. Si se inventó una España, las cenizas espurias del franquismo ya se habían esfumado.
